

ANA FORNER

Miles de
emociones
con tu
nombre



Miles de emociones 1

booket

Ana Forner

Miles de emociones con tu nombre

Miles de emociones, 1

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia

© Ana Forner, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© de la imagen del interior: Archivo de la bodega Torre de Oña, S. A., perteneciente al grupo bodeguero La Rioja Alta, S. A.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2024

Depósito legal: B. 11.530-2024

ISBN: 978-84-08-29025-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

La Rioja, finales de septiembre 2014

Llego a casa con las primeras luces del alba y, mientras mi padre se hace cargo del equipaje, detengo la mirada en los dos altos cipreses que, a modo de soldados curtidos en cientos de batallas en forma de tormenta, se encuentran flanqueando la entrada, como protegiéndola de futuras amenazas, aunque, por el contrario, parecen darte la bienvenida meciendo sus ramas si eres del bando aliado; pienso observando la enorme casona de piedra de sillería con sus doce ventanas de madera y el gran balcón que se encuentra justo encima de la puerta que da acceso a la vivienda..., ese balcón en el que, de pequeña, me sentía en lo alto del mundo, rememoro esbozando una sonrisa cargada de añoranza.

Aquí, entre viñedos, olivos, castaños y encinas, di mis primeros pasos, rememoro deslizado la mirada lentamente por el extenso paisaje que me rodea. Aquí aprendí a correr, a ir en bici, a montar a caballo e incluso a vendimiar. En este pequeño trocito del mundo, que a mis ojos infantiles era un universo entero, conocí el dolor de la muerte, pero también descubrí que la vida podía brillar intensamente cuando alguien encendía esa luz en tu mira-

da. Aquí dejé de ser una niña vivaracha con coletas para convertirme en la mujer que soy ahora, y aquí estoy de nuevo, en la finca y en los viñedos de mi familia... en La Rioja, en mi casa y en mi hogar, concluyo inspirando profundamente, siguiendo a mi padre al interior de la casa.

Cuánto tiempo sin estar aquí, reconozco con pesar, deteniendo la vista en las vigas de madera del techo; en el suelo de barro cocido en el que aprendí a andar y en el mueble de la entrada, herencia de mis abuelos, repleto de fotografías nuestras inmortalizando momentos felices, y sonrío con añoranza, acordándome de cada uno de ellos mientras la suave luz del amanecer se filtra entre las cortinas, dándome la bienvenida, como esos cipreses, abrazándome a su manera, y respiro profundamente la sensación de estar en casa; esa sensación que te reconforta y que te hace sentir en paz, en calma y a salvo de todo.

—Qué ganas tenía de tenerte aquí de nuevo, hija. Además, has venido en una de las épocas más bonitas del año —me dice mi padre rodeando mi cuerpo con uno de sus brazos, y apoyo mi cabeza en su hombro, cerrando los ojos durante unos segundos, absorbiendo cada uno de los matices de su voz.

Siempre he pensado que hay voces que son capaces de transportarte a lugares concretos, que consiguen que te detengas simplemente para escuchar lo que tengan que decirte y que tienen la experiencia de la vida en cada uno de sus matices, y la de mi padre es una de esas voces, pues cada vez que la oigo, esté donde esté, mi alma vuelve a este mismo lugar, al viñedo, al remontado del vino, a las trasiegas con la luz de la vela iluminando ese vaso en busca de posos, al olor del *calao*, al sabor de la fruta madura, a la vendimia y a sus explicaciones, pues su voz es la voz de quien ha dedicado su vida entera a un arte, al arte de hacer vino, y es también la voz del saber y de quien ha vivido multitud de vidas en una sola.

—Y en la de más trabajo también, ¿verdad? ¿Ya habéis empezado con la vendimia? —le pregunto abriendo los ojos para encontrarme con los suyos.

—Todavía nos faltan dos semanas más o menos. ¿Te quedarás para hacerla con nosotros?

—No lo sé; ya sabes que, con mi trabajo, a veces es difícil hacer planes.

—Eso es porque no has elegido el oficio correcto —me replica, arrancándome una sonrisa.

—El trabajo correcto sería el de enóloga, ¿no es así?

—¿Ves como tú solita has llegado a la conclusión acertada? Llevas el vino en la sangre, hija; esto forma parte de ti, aunque reniegues de ello.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —oigo la voz de Casi, y sonrío más abiertamente cuando la veo salir de la cocina con su vestido de flores, sus zapatos negros y su pelo corto y rizado, como siempre, pues mi Casi no cambia por muchos años que pasen.

—¿Qué haces ya despierta, Casilda? —inquiero, zafándome del brazo de mi padre para correr hacia ella y darle un enorme abrazo.

—¡Ay, no me aprietes tanto que me desmontas! —me pide, haciéndome reír—. ¡Desde las cinco y media que estoy de pie! A medida que me hago vieja, menos duermo; cualquier día seré yo la que despierte al gallo de las narices. ¿Tienes hambre?, ¿estás cansada? Ayer fui a comprar ese té pijo que tanto te gusta, ¿te preparo una taza? Aunque no sé para qué te pregunto, vas a comer algo sí o sí; anda, vamos a la cocina.

—No es pijo —me defiende, siguiéndola sin dejar de sonreír—. Papá, ¿nos acompañas?

—Llevo las maletas a tu habitación y voy en un minuto. Ve tomándote ese té pijo —me suelta guiñándome un ojo.

—¡No lo es! —insisto, guiñándole el mío y volviéndome para seguir a Casi.

—Por supuesto que lo es. Un té que sabe a caramelo y a un montón de cosas más tiene que serlo a la fuerza —se reafirma, poniendo el agua a hervir, mientras me siento en uno de los taburetes que rodean la isla.

—Cuánto tiempo sin estar aquí —verbalizo lo que he pensado hace unos minutos mientras observo el paisaje que se vislumbra a través de las ventanas.

—Vergüenza tendría que darte. ¿Cuánto hace que no vienes?

—Ni lo sé —susurro encogiéndome de hombros, abrazando la agradable sensación de sentirme querida y arropada—. Me encanta esta cocina, siempre me ha gustado —prosigo, admirando los azulejos biselados blancos en contraste con la madera oscura de los muebles y las vigas del techo.

—Tu padre quería reformarla, ya sabes, hacerla más moderna y funcional, como él dice. ¡Menuda chorrada! —me cuenta mezclando la miel con el agua caliente—. Imagina dónde lo mandé, ¡vamos, que mi cocina no la toca ni Dios! Yo quiero esto, una cocina de campo, rústica, como yo, una cocina, ¡cocina! —continúa, con ese genio tan suyo, sirviéndome el té con unas galletas—. Esas cocinas que se llevan ahora de... ¿cómo es?, ¿*indurión*?

—Inducción —le aclara mi padre entrando en la estancia—. ¿A ti qué te parece, hija? Encima que pienso en ella, y un poco más y me manda a donde mejor no te digo —añade, haciéndome reír con ganas.

Cómo echaba de menos esto, estar en casa, las conversaciones en la cocina, la complicidad con mi padre y la compañía de Casi, esta mujer que llegó a nuestro hogar cuando yo era un bebé para ayudar en las tareas domésticas y que terminó convirtiéndose en una parte fundamental de la familia.

—¡Eso! ¡Inducción! Para el caso, ¡que de eso nada! Yo quiero una cocina de gas, de las de toda la vida, y una

campana extractora como esta, bien grande; esas campanas escondidas que suben cuando pulsas un botón... ¡no, no, no! —continúa hablando, negando con la cabeza—. ¡No me la colarán a mí! Las campanas extractoras tienen que ser como los... bueno, ya sabes, bien grandes y potentes, a mí que no me digan...

—¡Casi! —exclamo escandalizada, con las sonoras carcajadas de mi padre de fondo.

—¡Y ojo, que no lo critico! —prosigue su discurso, y le sonrío a mi padre, pues ambos sabemos que, cuando coge carrerilla, no hay quien la detenga—. Que ya sabéis que yo nunca critico nada, ¡Dios me libre! Pero sí opino, eso sí, que para eso somos personas libres, para opinar y debatir. ¿Tú qué dices, hija? —me pregunta, apoyándose en la encimera.

—Pues eso mismo, que tienes razón —musito, ocultando mi sonrisa tras la taza de té, dándole a continuación un sorbo y saboreando la mezcla de miel y caramelo.

Debería renunciar a la miel y acostumbrarme a tomarlo sin nada, pero... «ya lo haré», me digo postergándolo, como siempre, dándole otro sorbo y sintiendo el sabor dulzón deslizarse por mi garganta.

—¿Quieres algo más para comer o con estas galletas ya tienes para todo el día? —plantea, pinchándome.

—¡Casi! ¡Pero si tengo más sueño que otra cosa! No sé cómo puedo seguir con los ojos abiertos, con lo cansada que estoy.

—Tú siempre con un cuento u otro. ¿Se puede saber qué comes cuando estás por ahí?

—Lo que tienes que hacerle a la niña es un buen plato de cocido con tocino, morcilla, carne y verdura, que está flaca como una caña —interviene mi padre, poniendo más leña al fuego.

—Ese plato es pura grasa, papá; yo, con una pechuga a la plancha, voy bien.

—De eso tienes cara, de pechuga a la plancha. ¡Pero si eres un saquito de huesos! De verdad, debo de ser un bicho raro o tonta de remate, porque no entiendo esta moda de hoy en día de querer estar tan delgadas. Cuando yo era joven, las modelos tenían pechos, caderas y un buen trasero, y, en lugar de desfilarse caminando como cabras y con cara de indio cabreado, se deslizaban sutilmente por la pasarela.

—¿Sutilmente? Qué refinada te has vuelto, Casi —me meto con ella entre risas.

—A ver qué te crees, ¿que porque me pase el día rodeada de vides y animales no voy a saber hablar? ¡Que aquí una es muy fina, aunque no lo parezca!

—Bueno yo también soy fina y te aseguro que no camino como si fuera una cabra —le digo, sonriéndole a mi padre, que me mira con orgullo.

—A mí no vengas a venderme la moto, que he ido muchas veces a verte desfilarse y parece que en cualquier momento vayas a soltarle un sopapo al primero que se atreva a mirarte. ¿Es necesario que pongáis esa cara de leche agria? —me replica con aplomo—. ¡Y haz el favor de comerte esas galletas! Pedro, esta hija tuya me frustra, de verdad. ¡A ver! Dime qué quieres comer hoy y ni se te ocurra mencionar una pechuga a la plancha, que soy capaz de sacar una del congelador y darte con ella en toda la cabeza.

—¿Comer? Casilda de mis amores, lo que voy a hacer es dormir durante horas; de hecho, me voy a la cama ya.

—De eso nada, ¡ni pensarlo! ¡Pedro, di algo, hombre! ¡Que esta niña ni tiene carne ni tiene *na*! Luego te quejas, pero, si cuando hay que hablar, te callas, como estás haciendo ahora, pues la niña coge alas y va más a la suya que los patos del estanque... Si es que todos los hombres sois iguales, puñetas. Mi Tomás, que en paz descansa, hacía lo mismo con mi Sandra. Si es que me he pasado

la vida bregando con unos y con otros —bufa, cogiendo carrerilla en su discurso, y miro a mi padre pidiéndole ayuda.

—Déjala, mujer, ¿no ves que no puede con su alma? Anda, ve a acostarte —me propone mi padre al fin, y vocalizo un «gracias» enorme mientras me levanto y salgo disparada de la cocina antes de que Casi pueda añadir algo más.

Llego a mi habitación y, tras cerrar la puerta suavemente, me apoyo en ella, observando la estancia. La cama de hierro forjado, con las guirnaldas que colgué hace una eternidad; las mesitas de noche, de madera oscura, con las lamparitas en forma de flor; la colcha verde y los cojines blancos, a juego con las cortinas; el tocador con el espejo ovalado y la fotografía que descansa sobre él, una foto que nos tomó mi padre en el viñedo a mi madre, a mi hermana Alana y a mí cuando yo tendría unos dos añitos; en ella estoy en brazos de mi madre mientras mi hermana, de su mano, le saca la lengua a mi padre y sonrío, acercándome a ella para cogerla.

Cuánto tiempo ha pasado desde entonces... Tanto que me cuesta reconocerme en la niñita de la fotografía, pienso acariciando la cara sonriente de mi madre.

—Ojalá pudiera tenerte conmigo ahora, mamá; ojalá fuera capaz de rememorar el sonido de tu voz, el tacto de tu mano o la colonia que utilizabas, para poder olerla y recuperar recuerdos... Ojalá fueras tú quien me riñera por no comer, como hace Casi, y ojalá fueras tú quien saliera a recibirme cada vez que llegara a casa —musito pegando la fotografía a mi pecho, para luego descender las cortinas y abrir la ventana de par en par, viendo cómo el sol comienza su lento ascenso hasta el cielo, hasta ese lugar donde de pequeña me decían que estaba mi madre y donde yo hubiera ido volando si hubiese podido.

Con la añoranza abriéndose paso en forma de lágrima

mas, contemplo estas tierras que pertenecieron a mis abuelos y con anterioridad a mis bisabuelos; estas tierras que no saben nada de desfiles, fiestas y, en ocasiones, de falsas sonrisas, y que han visto un sinfín de amaneceres y atardeceres manteniéndose fértiles, año tras año, dando continuidad al legado de mi familia, al legado de los Domínguez.

Sin despegar la foto de mi pecho, inspiro la fresca brisa del amanecer que trae consigo los aromas de mi infancia, esos aromas que hacen más vívidos y reales mis recuerdos, y siento cómo miles de emociones aletean en mi interior como lo haría una mariposa de cientos de colores...

La muerte de mi madre cuando yo todavía era una cría; el dolor, la rabia y la impotencia que sentí y que, aunque en menor intensidad, nunca he dejado de sentir. Recuerdo las lágrimas que nos acompañaban a Alana y a mí día y noche, y los intentos infructuosos de Casi, de nuestro abuelo Enrique y, más tarde, de Víctor por consolarnos. Recuerdo cómo mi hermana y yo corríamos hacia los viñedos para escondernos cada vez que necesitábamos estar a solas, y el olor de la tierra y de las vides entremezclado con el sabor salado de nuestro llanto. Recuerdo que siempre era nuestro abuelo quien nos encontraba... Lo recuerdo sentado en el suelo con nosotras encima de él, el tacto de sus manos callosas al secarnos las lágrimas, sus palabras de consuelo, sus besos en nuestra frente, el calor que desprendía su cuerpo y que tanto me reconfortaba, y el olor a tabaco negro y a la colonia Brummel que emanaba de su camisa. Recuerdo cómo hundía mi rostro mojado por el llanto en su pecho mientras con mis bracitos abrazaba a ese abuelo que a mis ojos infantiles era un ser invencible... y, con esos recuerdos, siento cómo mi alma vuela a esos días que tengo grabados a fuego en mi memoria... El ambiente pesado que se respiraba en casa, casi ahogándote; la mirada perdida de mi padre mientras in-

tentaba asimilar que nunca más vería a mi madre; el calor sofocante que apenas nos dejaba respirar y la sensación de querer despertar de esa pesadilla y volar hacia ese cielo donde me decían que se había ido mamá, rememoro sintiendo cómo el nudo se forma en mi garganta hasta dolerme, e inspiro profundamente en un intento por serenar mi corazón, perdiendo mi mirada por estas tierras que me vieron crecer, soñar, reír y también sufrir... y, con los recuerdos, llega el suyo, el de ese joven que llegó un día al viñedo para cambiar su vida y, sin pretenderlo, también la mía...

—¿Qué haces ahí escondida? —me preguntó mirándome con ternura.

—No quiero que el abuelo me encuentre —le respondí con mi vocecilla infantil, secando mis lágrimas.

—¿Quieres que me marche? —inquirió, sacando un pañuelo de su bolsillo para limpiar mi rostro sucio por la tierra y el llanto.

—¿Quién eres? —indagué con curiosidad mientras observaba cómo se sentaba a mi lado.

—Me llamo Víctor y empecé ayer a trabajar en la bodega, ¿y tú?

—Valentina —susurré, admirando el color verde de sus ojos, que me recordó al de mi plastilina.

—Pues encantando de conocerte, Valentina. ¿Te gustaría ser mi amiga?

A partir de ese día me convertí en algo más que en su amiga, casi diría que me convertí en su sombra, pues, allá donde él iba, iba yo. En mi cabeza, Víctor era el regalo que mi madre me había enviado desde el cielo para suplir su ausencia y, sin saber cómo, se convirtió en el hermano que nunca tuve.

Lo acribillaba a preguntas, le contaba todas las chorradas que me sucedían en el colegio, le hablaba de mis amigas, me colaba en su casa a la primera de cambio, lo

ayudaba en los viñedos... Sinceramente, creo que, desde que abría los ojos hasta que los cerraba, no me despegaba de su lado...

—¿Qué es hacer el amor, Víctor? —le pregunté una tarde de verano mientras estábamos en el porche de su casa, decorando la parra con guirnaldas.

Creo que, por aquel entonces, yo tendría unos nueve o diez años, por lo que él tendría veintiuno o veintidós. Recuerdo que esa temporada me había dado por decorarlo todo con guirnaldas, así que su parra no iba a librarse y él, como siempre, accedió encantado, más que dispuesto a complacerme.

—¿Cooooómo? ¿De dónde te has sacado eso, Val?

—Me lo dijo mi amiga Adri antes de irnos del colegio, pero se lo he preguntado a papá y me ha dicho que hacer el amor es como hacer vino, que se necesita tiempo, amor y paciencia, y Casi me ha dicho que es como hacer cocido, que se necesitan todos los ingredientes para que el caldo salga espeso y con sustancia, pero eso no es lo que me contó Adriana —me quejé arrugando el ceño, viendo cómo su rostro se tornaba rojo por momentos.

—Sois muy pequeñas para hablar de eso —me reprendió, dándome la espalda y siguiendo con la labor de colocar las guirnaldas.

—¿Tú sabes lo que es eso, Vic? —le pregunté, empleando la abreviatura de su nombre con la que solía llamarlo, decidida a conseguir una respuesta que me dejara satisfecha, pues por nada del mundo iba a permitir que mi amiga supiera más que yo.

—Algo sé. ¿Qué sabes tú? —me contestó algo perdido, o eso capté yo en ese momento. Ahora, con la perspectiva que te dan los años, tengo claro que en ese instante estaba muerto de vergüenza.

—Adriana dice que, cuando dos personas van a hacer el amor, el hombre tiene que poner su palito en el agujero

de la mujer. Qué asco, ¿no? Si eso es así, yo creo que voy a hacerme monja y mi amiga Adri dice que también —afirmé convencida—. ¿Tú has hecho eso? —planteé con inocencia, poniendo mi mejor cara de repugnancia mientras su rostro pasaba del color rojo al granate intenso—. No te preocupes si no lo sabes; si al final no me hago monja, yo te lo explicaré cuando lo tenga más claro. He intentado que Alana me lo aclarara, pero mi hermana solo sabe dibujar vestidos y no me hace caso. Suerte que te tengo a ti, ¿verdad? Bueno, tú también tienes suerte de tenerme a mí, ¿a que sí, Vic?

—A que sí —me respondió, sonriéndome y dándome un toque con un dedo en la nariz...

—¡Sube el volumen! Me gusta mucho esa canción —continúo rememorando, dando un salto en el tiempo, sonriendo sin darme cuenta.

Estábamos en diciembre. Alana y yo habíamos regresado del internado para pasar las vacaciones de Navidad con la familia y yo, como siempre, corrí hacia su casa en cuanto puse un pie en el viñedo. Creo que entonces tendría unos doce o trece años.

—¿Conoces esa canción? —me preguntó, divertido.

—Pues claro. Además, mis amigas y yo nos hemos inventado un baile muy chulo, ¿quieres verlo?

—Por supuesto —afirmó, y se apoyó en la pared cruzándose de brazos mientras yo empezaba con el bailecito. ¡Dios, todavía me acuerdo de todos los pasos!

—¿Te ha gustado? ¿Quieres que te enseñe? —le propuse cuando finalizó la canción.

—¿Quién te ha enseñado a bailar así? —inquirió frunciendo el ceño.

—Las niñas mayores. ¿Sabes que algunas ya salen con chicos? —añadí, repantigándome en el sofá de su salón.

—¿Y tú sabes que estás creciendo demasiado rápido? ¿Por qué no te quedas pequeñita todo el rato? —replicó,

acercándose a mí y poniéndose de cuclillas para poder mirarme a los ojos.

—Porque, si me quedo pequeñita todo el rato, será muy aburrido —le contesté, sin tener muy claro a qué venía eso de que me quedara siempre igual, con las ganas que tenía yo de crecer para poder hacer las mismas cosas chulas que hacían las niñas mayores, como yo las llamaba...

Qué sencillo era todo entonces, pienso inspirando profundamente el olor a tierra entremezclado con el de la fruta madura, viendo su casa a lo lejos. A nadie le extrañaba vernos juntos a todas horas y nadie lo vio venir, ni siquiera él o yo misma... y, un día, empecé a fijarme en los músculos de sus brazos y a pensar en él de una forma distinta. Mis roces ya no eran inocentes ni accidentales, y apareció esa sensación que experimentaba cada vez que estaba con él, esa necesidad acuciante por saber qué sentiría si lo besara o si nuestra piel se tocara. A partir de ese momento, mi cuerpo empezó a arder de una manera que me impedía dormir e incluso comer, con un fuego que se iniciaba en mi vientre y se expandía por todo mi cuerpo, de dentro hacia fuera... y, como si de un mecanismo de defensa se tratara, siento cómo mi mente bloquea el recuerdo de esa noche antes de que me hiera de nuevo.

—Suficiente —sentencio, endureciendo el rostro y cerrando la ventana de la misma forma en que cierro el paso a mis recuerdos.

Tras dejar la fotografía de nuevo sobre el tocador, sustituyo mi ropa por un sencillo pijama de punto y, con él puesto, me dirijo al baño, donde me lavo los dientes concienzudamente. Una vez lista, me acuesto en la cama de mi niñez mientras los brazos de Morfeo comienzan a mecarme y caigo rendida en un sueño profundo.

Despierto casi a las tres de la tarde y, tras deshacer el equipaje y darme una larga ducha, me visto con mis viejos vaqueros y una sencilla camiseta y, casi a hurtadillas, para

que Casi no me oiga y me obligue a comer, salgo de casa directa a las caballerizas, a las que llego dando un largo paseo.

—¡Hola, Trueno! Cuánto tiempo sin verte, guapetón. ¿Cómo está mi caballo preferido? —musito frotando mi mejilla contra la suya—. Sí, ya lo sé, sé que hace mucho que no me ves, pero ya sabes cómo es mi trabajo... He estado en Grecia haciendo un *shooting* para una importante firma de ropa; tendrías que haberme visto, Trueno, fue muy guay —le cuento mientras voy ensillándolo—. Y tú, ¿qué tal? ¿Te han sacado a correr últimamente? Seguro que no tan rápido como te gusta —prosigo, sonriendo, mientras el animal relincha encantando, sabiendo la carrera que tenemos por delante—. Venga, campeón, vamos a estirar las patas —le indico ya sobre él, espoleándolo.

Corremos como si nos fuera la vida en ello, con la cordillera Cantábrica dándonos cobijo, protegiéndonos de los vientos del norte, y los viñedos y la tierra, fértil en ocasiones, yerma en otras, vigilando nuestros pasos mientras abrazo este silencio que tanto añoro cuando estoy fuera y que solo aquí soy capaz de escuchar, reconozco atravesando laderas ondulantes salpicadas de matorrales, encinas y castaños cuando los viñedos les ceden ese raro honor, y el latir de la tierra, de la continuidad y de la vida que fluye por todas partes.

Espoleo de nuevo al animal, llevándolo al límite, corriendo hacia ese día que es tan distinto al de las ciudades en las que suelo estar, pues, aquí, el ruido del tráfico es sustituido por el silencio de las vides, y el sol puede iluminar la tierra sin que haya ningún rascacielos que se lo impida... y disfruto del momento mientras el viento azota mi rostro y esa bola de fuego llamada sol besa con sus rayos cada rincón de estas tierras.

Con la respiración acelerada, voy aminorando la velocidad paulatinamente hasta convertir nuestra arriesgada

carrera al galope en un simple trote y, llenando mi interior de paz, dirijo al caballo hacia las bodegas, admirando el paisaje que antes, en mi locura, me había perdido, absorbiendo cada detalle e inspirando profundamente la cálida brisa del mes de septiembre, que trae consigo el aroma de la fruta madura y de la tierra, esta tierra que forma parte de mí y de mi esencia.

Y con ese pensamiento llega el recuerdo de mi abuelo, esa persona maravillosa que fue una parte fundamental de mi vida, pienso esbozando una sonrisa, recordándolo sentado a mi lado, fumándose un cigarro. ¡Dios, todavía me acuerdo de ese olor fuerte que se impregnaba en su ropa y en la mía!, ese cigarro que iba con él a todas partes, consumiéndose entre sus dedos o en sus labios cuando estaba trabajando... Recuerdo cómo me molestaba ese olor, pero cómo callaba porque no había nada más maravilloso que estar a su lado... Recuerdo sus manos, grandes, callosas y ásperas; su cara y sus brazos, siempre llenos de arañazos por no tener cuidado... Recuerdo su sonrisa y cómo le gustaba cuidar a los caballos y a todos los animales... Lo recuerdo sentado en un taburete mirando a las gallinas o a los conejos, como si fuera lo más fascinante del mundo, y lo recuerdo también trajinando entre los viñedos, pues no sabía estarse quieto un instante. Y, aunque ahora ya no esté a mi lado, continúa estando presente en mí, ya que no hay un solo día en el que no lo recuerde.

—Vaya —musito esbozando una triste sonrisa, negando con la cabeza, deteniendo a Trueno frente al porche de la casa de Víctor, percatándome de que mi subconsciente me ha traicionado, absorta como estaba en mis pensamientos.

A lomos de mi corcel, observo su casa, que se encuentra en nuestras tierras y que mi padre le «cedió» en su día y, de nuevo, los recuerdos llegan, arrasando con todo; nuestras charlas a la sombra de la parra, nuestras risas

porque sí, nuestros cómodos silencios, las muchísimas veces que me dormí en su sofá...

—Vamos, Trueno, aquí no tenemos nada que hacer —mascullo con sequedad, espoleando al animal, que, obedeciendo mi orden, inicia el galope hasta llegar a la entrada de la bodega, donde espero encontrar a mi padre—. Quédate aquí, ¿vale? Vuelvo enseguida —musito atando las riendas en la rama de un árbol y contemplando las líneas de vides extenderse infinitas hasta donde mi vista abarca, como si de un mar ondulante se tratara.

—¡Hola! —saludo feliz a mi amiga Adriana, que trabaja en la tienda de la bodega desde hace unos meses, en cuanto la veo.

—Pero ¿qué haces aquí? —me pregunta saliendo de la pequeña recepción, que se encuentra integrada en la tienda, para darme un fuerte abrazo—. Tía, no sabía que venías.

—Ha sido todo un poco improvisado; he llegado hace apenas unas horas —le cuento, dándole un beso al aire a Marta, otra de las chicas que trabajan en la tienda y que está hablando por teléfono—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Pues como siempre, ya sabes... El teléfono sin dejar de sonar en todo el día, haciendo las visitas guiadas, atendiendo en la tienda... Vamos, lo típico. ¿Y tú? ¿Te apuntas a hacer una o prefieres un vinito? Por cierto, no veas cómo se me da esto de las visitas guiadas, hasta durmiendo podría explicártelo todo de cabo a rabo; vamos, que me lo estoy creyendo tanto que cualquier día me monto yo una bodega y me pongo a hacer vino —me dice bromeando.

—Quién te ha visto y quién te ve, maja, ¡con la vergüenza que te daba al principio! —le recuerdo con complicidad.

—Y que lo digas, eso de hablarle a tanta gente me tenía aterrada, pero, bueno, a todo se acostumbra una y al

final es siempre lo mismo, parezco un lorito —replica entre risas.

—Cualquier día me apunto a una, a ver cómo lo haces —le digo, riendo con ella—. Oye, ¿has visto a mi padre por aquí?

—Ha salido hace un rato, pero no sabría decirte a dónde ha ido.

—Bueno, pues, si lo ves otra vez, dile que me llame al móvil, ¿vale? Y tú y yo tenemos que quedar, que tengo muchas cosas que contarte.

—Cuando quieras, aquí me tienes, que entre el curro y mis estudios tengo una vida social nula. Mi abuela sale más que yo, te lo juro.

—¿Cómo está?

—¿Ella? Mejor que yo; de hecho, parece que nos hemos intercambiado los papeles y sea yo la jubilada, pero jubilada de pacotilla, no te creas, porque, entre unas cosas y otras, no doy abasto —me cuenta poniendo los ojos en blanco—. Perdona, tengo que dejarte, que tengo a un grupo esperando... ¿Te apuntas a la visita o qué?

—Otro día... Te concedo un poco más de margen para que sigas practicando, no sea que me apunte ahora y te salga mal y tenga que despedirte —bromeo, guiñándole un ojo y soltando una carcajada cuando me muestra, disimuladamente, su dedo corazón.

Salgo de la bodega todavía con la sonrisa instalada en el rostro y, a lomos del caballo, voy recorriendo las filas de vides que, interminables, parecen abarcarlo todo... y entonces lo veo, a ¡¡¡él!!!, a Víctor, y siento cómo mi mundo trastabilla hasta casi hacerme perder el equilibrio.

Está hablando por teléfono, caminando hacia mí con la mirada gacha, y siento cómo mi cuerpo tiembla, cómo mi corazón se detiene durante unos eternos segundos y cómo soy incapaz de alejar mi mirada de su cuerpo. Lleva los primeros botones de la camisa desabrochados y

puedo ver el vello que asoma de su pecho y, con esa visión, mi vientre se contrae suavemente al recordar las muchísimas veces que lo vi sin camisa y con la piel perlada por el sudor. De su pecho, mi mirada viaja hasta los músculos de sus brazos, ceñidos ahora por la fina tela de la camisa que lleva remangada hasta los codos, y de ahí hasta su vientre, donde la tela que no roza su piel asoma insolente por encima de la cinturilla de sus vaqueros, esos que tocan lo que yo, en el pasado, tantas veces deseé tocar... y, antes de que alce su mirada y pueda verme, espoleo a Trueno para salir cuanto antes de su campo de visión.

—¡Valentina! —oigo su voz, ronca y oscura, llamándome, pero no detengo al animal; al contrario, lo espoleo hasta llevarlo al límite como antes, casi volando hacia las caballerizas.

«¿Qué hace aquí? —me pregunto, emprendiendo una precipitada carrera, sintiendo cómo todo mi cuerpo tiembla por la añoranza y los recuerdos—. Se suponía que estaba en Segovia, lo había confirmado con Alana y, en cambio, está aquí, está aquí, está aquí...» Mi cabeza reproduce esa frase en bucle mientras siento la respiración agitada del animal en consonancia con la mía y, cuando llegamos a las caballerizas, creo que los dos necesitamos un buen respiro.

Bajo de la montura sintiendo mi cuerpo temblar y, apoyando las manos en mis rodillas, inspiro profundamente, llenando mis pulmones de aire y necesitando encontrar el punto de equilibrio que he perdido cuando lo he visto.

—¿Te has vuelto loca? —brama Víctor entrando en las caballerizas, y me incorporo, sorprendida y con la respiración todavía hecha un caos. ¿Me ha seguido?—. Pero ¿a ti qué te pasa? —me pregunta con la furia instalada en su mirada, acercándose a mí—. ¿No hay en tu contrato

de modelo ninguna cláusula que te impida romperte el cuello?

Tres años, tres largos años desde la última vez que nos vimos; tres años imaginando qué le diría si lo tuviera frente a mí y, ahora que lo tengo delante, soy incapaz de articular palabra o incluso moverme.

—¿Qué haces aquí? —musito cuando consigo reaccionar, dándome la vuelta para desensillar a Trueno, sintiendo que me muevo a cámara lenta.

—¿Por qué has huido cuando me has visto? ¿Por qué? —me plantea con seriedad, sin contestar a mi pregunta, cogiéndome del brazo y obligándome a girarme.

—Porque no tengo nada que decirte —mascullo, sintiendo que mi alma se quiebra, soltándome de un tirón para seguir atendiendo al caballo.

—En cambio, yo creo que tenemos muchas cosas que decirnos —me rebate con sequedad, clavando su imponente mirada sobre mi cuerpo mientras yo continúo con mi labor de atender al animal.

—Ya estás listo, campeón. Descansa, te lo has ganado —le digo con cariño al caballo, necesitando volcar toda mi atención en algo que no sea él para que mi corazón deje de latirme en la garganta—. Tengo que irme —susurro girando sobre mis talones, para empezar a salir del recinto, sintiendo cómo mi pecho se llena de miles de emociones distintas.

—Esta vez no —masculla con voz ronca, cogiendo mi brazo de nuevo y deteniéndome.

—Suéltame, Víctor —le exijo con todo esto que llena mi pecho presionándome hasta dolerme—. Va en serio, no tengo nada que decirte ni tampoco quiero que tú lo hagas. Déjalo como está, ¿vale? Es lo mejor.

—Y una mierda —farfulla, y percibo cómo la piel de mi brazo, esa pequeña porción que rodea su mano, empieza a quemarme con su tacto, con ese fuego que sentí

hace años y que nunca ha dejado de arder dentro de mí—. Mírame a los ojos; mírame —me ordena entre dientes, atrapando finalmente mi mirada con la suya y, durante unos segundos, me pierdo en ella, en esos ojos de un verde imposible que han sido mis compañeros de viaje durante todo este tiempo.

Maldita sea, está más guapo que antes, mucho más hombre y cientos de veces más atractivo.

Y, aunque me gustaría no hacerlo, finalmente me rindo ante mis deseos más íntimos para detener la mirada en su pelo, oscuro y algo rizado, cepillado hacia atrás, completamente segura de que, si enterrara mis dedos en él, sería suave y espeso; en su ceño fruncido, que permanece perenne en su rostro; en su barba recortada, que me picaría sin lugar a dudas si me besara, y en sus labios, esos que durante años ansié probar... y siento cómo eso que me envolvía cada vez que estaba junto a él regresa con más fuerza, con más violencia y con más intensidad.

—Suéltame —musito, sintiendo cómo las manos me hormiguean de pura necesidad porque daría lo que fuera por poder hundir mis dedos en su pelo y tocar su piel.

—No —sisea obcecado, intensificando su agarre y provocando pequeñas descargas eléctricas por todo mi cuerpo—. No quiero que te marches, Val; hablemos, por favor.

—Suéltame —mascullo de nuevo, liberándome y saliendo finalmente de las caballerizas, clavando mi mirada en las montañas, que, majestuosas, se alzan frente a mí.

—No voy a dejarte en paz hasta que volvamos a ser los que fuimos —me dice en tono amenazante, y me vuelvo para encararlo.

—No importa quiénes fuimos, importa quiénes somos ahora y quién está en nuestra vida y quién no, y te aseguro que tú hace años que dejaste de estar en la mía —le espeto con frialdad, sintiendo cómo mi alma se queja con cada una de mis palabras.

—¿Quieres huir? Venga, hazlo, huye y vete; evítame como llevas haciendo desde hace años, pero, al menos, no te mientas a ti misma. Sabes perfectamente que nunca he dejado de estar en tu vida y que tenemos una conversación pendiente —me recalca, con la obstinación instalada en su mirada.

—Fuiste tú quien huyó y se largó antes de que yo lo hiciera —susurro, perdiéndome en las laderas ondulantes de su mirada—, no me lo recrimines a mí ahora.

Antes de que pueda rebatir mis palabras, echo a andar con la imagen de su rostro y de su cuerpo grabada a fuego en mis retinas.

Nada ha cambiado; no importa que no lo haya visto en años, no importa que me haya obligado a no pensar en él, no importa nada de lo que he hecho hasta este momento porque mi cuerpo continúa reaccionando al suyo de la misma forma. Maldita sea, creía que, con los años, este fuego desaparecería, pero sigue ardiendo dentro de mí con la misma intensidad que antes. ¿De qué ha servido, entonces, que me fuera? Decidí convertirme en modelo para salir de aquí, para viajar, para conocer otras culturas y sí, también para conocer a otros hombres, pero, sobre todo, me fui de aquí porque necesitaba ampliar mi mundo para que él desapareciera del mío... y al final no ha servido de nada.

Y, ahora, ¿qué voy a hacer?, me pregunto agobiada porque lo último que esperaba era encontrarlo aquí.